



Periódico obrero
BIMENSUAL

Redacción y Administración
ESTRELLA, 110

Industria algodonera, etc. Estas sociedades, unidas a las que ya había existentes, muchas de las cuales han triplicado el número de sus socios durante este año, estrechan en fraternal abrazo a unos tres mil obreros pertenecientes a todos los oficios.

No son muchos, que digamos, tres mil asociados por una localidad esencialmente obrera como la nuestra; pero son algo, lo bastante para no dejar vivir tranquilos a los que ven con pésimo gusto todo síntoma de avenencia entre sus explotados. Tanto ó mejor que nosotros saben esos señores que tres mil obreros, perfectamente unidos y disciplinados, adquieren una fuerza poderosa para contrarrestar los efectos de su codicia. De ahí que no perdonen medio ni desperdicien ocasión para dificultar nuestra unión, para aniquilarla si posible fuera.

Ayer se desvivían para lograr una ridícula unión de industriales, solo y con el exclusivo objeto de crear obstáculos a la organización obrera, hoy, con idéntico fin, apoyan la conducta de los Sres. Sey-

BALANCE

El año que acaba ha sido de provecho como pocos para los trabajadores saba-dellenses.

Durante el transcurso de esos doce meses se han fundado un buen número de sociedades de resistencia, entre ellas las de Oficiales lampistas, Fundidores, Apres-tadores y Tintoreros, Tintoreros de Algo-dón, Preparación é Hilatura de estambre,

98
VII

doux contra los huelguistas, es decir, apoyan lo que condena Sabadell en masa, lo que han condenado docenas de periódicos burgueses, lo que á todas luces habría de perjudicarles á ellos mismos si segundas intenciones no les guiáran; hoy como ayer, han salido fallidas sus esperanzas, fracasados los necios propósitos que abrigaron; pero no por esto se dan vencidos, ni cesan de madurar planes con los cuales tenernos en continua zozobra.

Orgullosos como ellos solos, persuadidos de que, al fin, han de salir con la suya, ya que por algo, creen ellos, han de tener la sartén por el mango, primero se dejarían hacer pedazos que declararse vencidos, que confesar su impotencia; les falta de nobleza lo que les sobra de mala fé; de ahí que, vencidos y maltrechos, heridos en su necio amor propio, no piensen mas que en resarcirse de lo perdido, aunque para ello deban acudir á bajas venganzas, condenadas de antemano por la razón y el sentido común.

No podemos penetrar en el pensamiento de nuestros compañeros para poder profetizar el resultado de la lucha empeñada, lucha que, dicho sea en honor de la verdad, no alentan ni sostienen todos los fabricantes, sino una pequeña parte de ellos, los que siempre se han distinguido por su ruda oposición á toda mejora moral ó material de los trabajadores, los que tienen en menos consideración al obrero que á la máquina; pero si juzgar debemos lo futuro por lo pasado, si como hasta aquí los obreros continúan firmes en su unión, pese á quien pese y suceda lo que suceda, no titubeamos en augurar nuevos triunfos á nuestros compañeros y otra serie de derrotas, como las que han sufrido, durante los últimos doce meses, á los patrocinadores de la *fallecida* antes de nacer sociedad de las *libretas*.

Porque no cabe dudar que nuestro primer año de unión ha sido pródigo en sucesos favorables á nuestra causa. En primer lugar, si mal no recordamos, han obtenido importantes mejoras, sin tener

que acudir á medidas extremas, los tejedores, los panaderos, los ebanistas, los ladrilleros y los operarios de las fábricas de pastas para sopa; se han sostenido durante semanas y meses huelgas como las de las fábricas Comellas, Harmel, Puig-martí, la de los cerrajeros mecánicos, y finalmente la de la fábrica Seydoux, que continúa todavía sin solución después de dieciocho semanas de haberse iniciado; en todas el triunfo ha sido para los obreros.

Merece especial mención el paro general, *huelga* según algunos, llevado á cabo el 28 del pasado Noviembre en protesta del atropello cometido por un *esquirol* de la fábrica Seydoux.

Paralizarse todos, absolutamente todos los trabajos de una población relativamente importante como la nuestra en menos de una hora, sin que de antemano mediara iniciativa alguna ni preparación de ninguna clase, es cosa que no se vé todos los días; demuestra que no en balde la organización de los trabajadores ha hecho grandes progresos, y que de algo sirve la unión de tres mil obreros, cuando esa unión ostenta en sus estandartes la divisa *todos para uno y uno para todos*.

Hoy más que nunca debemos procurar que no se malogre nuestra unión. Los triunfos obtenidos, los que indudablemente obtendremos en adelante, han puesto en guardia á nuestros enemigos, y es de esperar que estos no van á *dormirse* sobre sus derrotas, sino que volverán á la carga con nuevos bríos, no perdonando medio que, á su parecer, pueda librarles de trabajadores que osen rebelarse contra sus absurdas pretensiones. Si algo nos han concedido, ellos mismos lo han dicho, ha sido á la fuerza; por la fuerza procurarán arrebatárnoslo.

Imitemos nosotros su conducta; estrechemos cuanto nos sea posible los lazos que nos unen, formemos entre todos una fuerza tanto ó más poderosa que la suya, y por la fuerza sostendremos, á pesar de todos los pesares, lo que por la fuerza ellos tratan de destruir.

Con la razón y la justicia por compa-

fierras hemos luchado durante los últimos doce meses, y ahí están, en la memoria de todos, los triunfos obtenidos y las importantes mejoras conquistadas.

¿Podremos decir lo mismo en el balance de 1900? De nosotros depende.

Otra vez las reformas

El actual ministro de Gobernación, para no ser menos que sus antecesores, ha estudiado y sometido á la aprobación de las Cortes un proyecto de reformas sociales que dan el opio.

El tal proyecto es, poco más poco menos, el mismo de todos los políticos que han tenido en sus manos la cartera de Gobernación; el del señor Dato abarca el trabajo de la mujer y de los niños, accidentes del trabajo y, *ad majorem Dei gloriam*, el descanso dominical; por el primero se prohíbe el trabajo en talleres, fábricas, minas, etc., á los niños menores de diez años, se reduce la jornada á seis horas para los mayores de diez y menores de catorce, se establece la de ocho horas para los de catorce á dieciséis, se prohíbe todo trabajo nocturno á los menores de catorce años y se prohíbe también á los menores de dieciséis el trabajo subterráneo y todos los que ofrezcan peligro para la vida, salud y moralidad, así como también todo ejercicio de agilidad, equilibrio ó dislocación en espectáculos públicos.

A los menores de catorce años se les consideran—¡vaya con la liberalidad del Sr. Dato!—dos horas para la instrucción primaria y, otra vez á mayor gloria de Dios, religiosa.

Para las mujeres se establece la jornada máxima de diez horas, considerándose en éstas dos de descanso.

Se mantendrá separación entre los obreros de diferente sexo.

Finalmente, y ésta es la gorda, el Gobierno, asesorado por la Comisión de reformas sociales, podrá suspender en algún caso concreto la aplicación de la ley, si se acreditase la conveniencia de esa medida. ¡Magnífico!

Dejando para otra ocasión el ocuparnos con la atención que merecen de la ley sobre accidentes y del descanso dominical, hoy por hoy nos limitaremos á comentar el proyecto que á grandes rasgos dejamos consignado.

Y conste que al entrar en materia damos al oído una ley de esa misma índole que, á pesar de

no haberse cumplido nunca, está vigente desde 1873; hablaremos como si se tratara por primera vez de someter á una ley el trabajo de los niños y, lo que es más, dando por cosa hecha el cacareado proyecto, reforma, ley ó lo que sea; lo cual no deja de ser una suposición algo aventurada, aquí donde, como todo el mundo sabe, las cosas de palacio ván muy despacio.

Primero y antes que todo conviene dejar bien sentado que la ley sobre el trabajo de los niños comprende también á las niñas. Decimos esto, aunque parezca tonto, porque muchos de los que viven y medran á costas de la infancia tienen una gracia especial en hacerse el desentendido, y porque en muchas localidades, en Sabadell ponemos por caso, suman más las niñas empleadas en diversas industrias que los niños, y nó ya de doce á catorce años de edad, sinó de diez, de ocho, de seis á veces, lo cual no impide que se exija de ellas una jornada de once horas en los establecimientos fabriles, y de catorce ó dieciséis, según caen las pesas, en ciertas profesiones relacionadas con aquéllos. Veremos como se las componen nuestros legisladores para acabar con tan infame explotación, porque lo que es con proyectos como el del Sr. Dato nos parece que la cosa va larga.

Las reformas del actual ministro de Gobernación, muy humanas éllas y de un elevado sentido moral, demasiado morales y demasiado humanas, vamos al decir, para ponerlas en práctica, no llegarán, estamos seguros de ello, por mor de algunas dificultades que han de oponer los enemigos de toda reforma que no venga á reformar sus bolsillos, á transformar unas condiciones ó formas de trabajo irritantes, soberanamente irritantes, sí, pero muy en armonía con el modo de ser de una sociedad egoísta hasta la médula de los huesos. Además de esto, la parte práctica de esas reformas no asoma por lado alguno. Lo de reducir á seis horas el trabajo de los menores de catorce años en los establecimientos industriales, ha de resultar, á la postre, agua de borrajas, pues todo el mundo sabe, todo el mundo menos los ministros atacados de la manía de la legislación, que en muchas industrias, en la lanera si se quiere, intervienen múltiples operaciones, hilatura, tejidos, aprestos, etc. etc., que, si divididas ó por sí solas ningún producto darían, juntas se completan, facilitándose la vida unas á otras. Ahora bien; tenemos por ejemplo que la hilatura y el tejido, dos operaciones que no se conciben

la una sin la otra, están desempeñadas, la primera, por mujeres y niños, por hombres la segunda; la hilatura, en virtud de lo que previene la ley sobre el trabajo de las mujeres y de los niños, no podría producir ó funcionar más allá de unas ocho horas diarias, debiendo no obstante funcionar los tejidos durante las once horas que la costumbre tiene establecidas. ¿Quién arregla eso llo?

No se necesita ser un gran matemático, ni siquiera ministro, para sacar la cuenta de que las tres horas que se trabajarían de menos en los asurtidos ocasionarían una inmediata falta de materia-hilo, que á su vez ocasionaría la paralización de los telares. Podríanse establecer dos turnos de niños en los asurtidos, pero en esto no hay que pensar; porque se negarían á éllo los patronos.

El dilema, pues, no puede ser otro; ó se reduce la jornada á ocho horas para pequeños y grandes en general, ó nos quedamos donde estamos, esto es, trabajando once horas, ó más si éstas parecen pocas y con la explotación de los niños á cuestras.

Obstáculos y no pequeños serían también los que dificultarían la práctica de la cláusula en que se prohíbe, á los menores de dieciseis años, todo trabajo que ofrezca peligro para la moralidad. Moralidad, moralidad aquí, en la tierra clásica de la inmoralidad en todas sus manifestaciones, ¿á quién se le ocurren tales tonterías? Aplíquese la ley esa, y que nos emplumen si queda entre nosotros arte, oficio ó profesión que no ofrezca peligro para la moralidad. ¿Cuándo hasta nuestros monaguillos gozan fama de pillastres, júzguese como se andará de moral en el interior de fábricas y talleres!

Podríamos dar aquí por terminada la tarea de demostrar lo difícilísimo que es llevar á la práctica los sanos propósitos de nuestro actual ministro de Gobernación, pero nos queda un argumento de los que no admiten vuelta de hoja, lo cual es razón sobrada para que no demos fin á estas líneas sin haberlo consignado.

En el supuesto de que nuestros industriales tuvieran la *abnegación* necesaria para sacrificar sus intereses en bien de esos rebaños de criaturas que se pudren física y moralmente en el interior de sus talleres, lo cual es ya el colmo del suponer,—¿sería posible hacer cumplir fielmente la ley sobre el trabajo de los niños?

Preguntádselo á un padre de familia que con

un jornal de diez ó doce reales deba atender al sostenimiento del hogar é instrucción de tres ó cuatro hijos cuya edad varíe entre siete y doce años; os contestará rotundamente que nó. El mismo sería el primero en infringir una ley que le obligaría á perecer de hambre.

Los padres no mandan sus hijos á la fábrica por gusto ó dominados por la codicia, como podría suponerse; es la fuerza, la imperiosa fuerza de la necesidad que les obliga á ello. Cinco pesetas de uno, tres del otro y dos del último suman cuarenta reales, y con cuarenta reales más el jornal del padre se vá *tirando*, se puede vivir, miserablemente si se quiere, pero se puede vivir al fin. Así cuentan muchos padres, y, en rigor, no pueden contar de otra manera. La ley sobre el trabajo de los niños caería como una bomba en muchos hogares obreros. Vendría á ser una sentencia de muerte, quien sabe si encabezada con los títulos de amor, humanidad, sacrificio, etcétera etcétera.

Someter á una ley el trabajo de los niños y dejar á la buena de Dios el de los hombres, nos parece la más descabellada de las ideas, tanto como lo sería la del que se empeñara en cambiar una rueda de reloj por otra de más ó de menos diámetro sin tocar para nada las demás. El organismo social, como el mecanismo de un reloj, viene á ser una serie de ruedas que engranan entre sí, que funcionan transmitiéndose la fuerza de una á otra, que dejarían de funcionar ó que funcionarían sin orden desde el instante que se alterara el diámetro de una de ellas; empeñarse en demostrar lo contrario es inútil; es más, es necio, es ridículo.

Para acabar con la explotación de la infancia y con otras explotaciones no menos inicuas, no pueden tener eficacia alguna las reformas concebidas por los que, teniendo su puchero asegurado, ha de preocuparles bien poco que tengamos el nuestro á merced de cualquier contratiempo; precisa una transformación completa, radical, que barra de una vez todas las inmundicias que corrompen la atmósfera social.

ENRIQUE P. C.

Hace 18 semanas que los huelguistas de la fábrica Seydoux piden trabajar en las mismas condiciones que se trabaja en todas, absolutamente en todas, todas, todas las fábricas de Sabadell, y esta es la hora en que tan justa petición no ha sido atendida, casi ni escuchada.

El único obstáculo, pues, que dificulta el arreglo de tan enojosa cuestión es la tacañería (?) del *monsieur* ó de los *messieurs* que, con escándalo de todas las personas sensatas, han convertido los alrededores de su fábrica en una sucursal de Marruecos ó cesa parecida.

EN SERIO Y EN BROMA

Ya casi habíamos olvidado los famosos *corazoncitos* cuando hete ahí que de la noche á la mañana aparece uno de ellos en la fachada de la casa que habita un ensotonado, muy popular (el ensotonado) en nuestra ciudad por las *sibilletas* con que invariablemente adorna sus zapatos.

Corazoncitos tenemos, debieron decirse los que no gustan de hacer pública ostentación de sus ideas, no pasamos por esta.

Y les faltó tiempo para personarse en nuestra Alcaldía.

Pocas horas después desaparecía la placa.

Choque usted, Sr. Vivé, así nos gustan los alcaldes.

Justicia y caiga quién caiga.

Lástima que la actividad y los buenos deseos demostrados por nuestro Alcalde en lo del *corazoncito* no se vean ni por asomo en lo de la huelga de la fábrica Seydoux.

Porque hay que convenir en que nuestro Alcalde, pudiendo hacer mucho, no ha hecho, que nosotros sepamos, nada, absolutamente nada para conjurar el conflicto.

Es decir, tanto como hacer sí que ha hecho.

La semana pasada, por ejemplo, llamó á una representación del Consejo, á la cual, después de manifestar que vería con gusto un pronto arreglo, ofreció su apoyo para procurar trabajo á los huelguistas... viejes.

Pero Sr. Alcalde ¿usted qué se ha figurado?

Los huelguistas no necesitan trabajo alguno, porque su puesto, su máquina, su trabajo, está allí, en la fábrica Seydoux; en ella entrarán todos ó ninguno. Odiamos las selecciones.

Si realmente tiene usted deseos de arreglar este asunto debe abordar la cuestión por otro lado.

Por el lado del *monsieur*.

Lo demás es pura música celestial.

Continúa la campaña de *Un Obrero*.

En el último número de «La Protesta», después de citar un párrafo nuestro en que decíamos que á los obreros les falta instrucción para comprender la justicia de un ideal, etc., etc... dice si nos referiremos á ellos en este punto...

No; no nos referíamos á ellos, ni á él tampoco.

Nos referíamos solamente á los que carecen de instrucción, no á él, que carece de todo.

Hasta de modestia.

Nos llama ignorantes, y para justificar el *piropo* cita otro párrafo nuestro: «pedid á los *libertarios*, dice él, á los *últimos*, decíamos nosotros, una definición exacta del socialismo», y á renglón seguido, á guisa de comentario, espeta la siguiente barrabasada: «No habrá nadie que

responda á tal petición, porque todo el mundo sabe, excepto dicho periódico, que quien legisla sobre la libertad es el primero que la cohibe».

Lo que debe saber todo el mundo, excepto *Un Obrero*, es que una cosa es legislar sobre la libertad y otra cosa pedir una definición del socialismo.

Confundir la libertad con el socialismo es ya un solemne disparate, pero hacer lo propio con definir y legislar, es, á falta de argumentos, torear un solo de bombo.

Y nos llama ignorantes.

¡Cómo está la sociedad, Dios mío, cómo está la sociedad! Hasta las mujeres se permiten el uso de armas de fuego.

Y le pegan á uno un tiro por un quitame allá esas pajas.

Y se quedan tan tranquilas.

Porque la experiencia les viene demostrando aquello de

ay que gracia tiene
esta ratonera,
se salen las ratas
de cualquier manera.

E.

Federación Obrera Sabadellense

He aquí las Sociedades y número de individuos que forman la Federación Obrera de Sabadell:

	Individuos
Sección de Carpinteros	80
» » Ladrilleros	57
» » Maquinistas y Fogoneros	39
» » Tejedores en Lana	812
» » Aprestadores y Tintoreros.	250
» » Panaderos	80
» » Pintores	30
» » Ebanistas	21
» » Tintoreros de Algodón	20
» » Cerrajeros Mecánicos	130
» » Albañiles	140
» » Oficios Varios	200
Preparación é hilatura de estambre	148
Industria Algodonera	700
Sección de Oficiales lampistas	50

TOTAL DE FEDERADOS. 2557

En esta cifra no van comprendidos los que por enfermedad, falta de trabajo ú otra causa cualquiera dejan de satisfacer las cuotas que tienen establecidas sus respectivas sociedades.

Noticias y Comentarios

La huelga.—Continúa la huelga de la fábrica Seydoux en el mismo estado de siempre, esto es, sin que por ahora nada dé lugar á esperar un pronto arreglo. Con la presente habrán transcurrido dieciocho semanas desde el día que se inició el paro.

El Sr. Marty continua tan terco y tan intransigente como de costumbre.

Los huelguistas, apoyados por las sociedades federadas, se sostienen dignamente en su sitio, dispuestos á continuar en la misma actitud años enteros si años dura la terquedad y la intransigencia del representante de los Sres. Seydoux.

El público, por su parte, secunda la actitud de los huelguistas, no desperdiciando ocasión para demostrar el desagrado con que vé la conducta del *monsieur* y la de los cada vez menos *esquirols* que continúan prestándole su concurso, ora retirándose de los establecimientos, tiendas, cafés, peluquerías, etc., que aquéllos frecuentan, ora permitiéndose dirigirles algunos *piropos* que se tienen de sobras merecidos.

Moralmente han triunfado ya los huelguistas; materialmente no han triunfado todavía, pero triunfarán, pese á quin pesare, si no decae, que no decaerá, el entusiasmo de huelguistas y no huelguistas.

Otra salvajada.—El último domingo, entre once y doce de la mañana, se repitió, en un lavadero público, la salvajada que días pasados motivó el paro general de que dimos cuenta en nuestro número anterior.

Estaban lavando la ropa en el mencionado lavadero algunas mujeres, entre ellas algunas *esquirolas* de la fábrica Seydoux; suscitose entre *esquirolas* y no *esquirolas* la disputa de reglamento, y todo se habría reducido á algunas palabras más ó menos malsonantes si una de las *esquirolas*, *caballera*, por las trazas, de armas tomar, no hubiera apresurado el desenlace disparando un tiro de revólver contra una de sus contrincantes, tiro que, por milagro, no hizo blanco.

Acudieron los agentes de orden público y algunas parejas de la benemérita, se llevaron, con el debido respeto, á la de armas tomar y... hasta otra.

Que será la tercera, es decir, la vencida.

Veremos si lo que hasta ahora no ha pasado de salvas acaba con sangre.

Visita.—Ha visitado nuestra Redacción *El Centro Agrícola*, de Madrid, periódico decenal, órgano de la «Sociedad El Centro Agrícola é Industrial.»

Agradecemos la deferencia y dejamos establecido el cambio.

La Revista Blanca.—El número 36 de *La Revista Blanca*, perteneciente al 15 del actual, publica los si

guientes trabajos: *Nicodemo el humano*, por Federico Urales; *La anarquía, su fin y sus medios*, por Juan Grave; *Biografía de Pedro Kropotkin*, por Anselmo Lorenzo; *Fisiología*, por Fernando Lagrange; *La capilla*, (cuento), por Adolfo Luna; *Una escuela libertaria en París*, por Leopoldo Bonafalla; *Cosas veredes del Cid*, por Seledad Gustavo; *El único remedio*, por J. S. y C., y *La creación*, por J. A.

Según hemos leído en el *Suplemento* semanal que dicha Revista publica, ésta, desde 1.º del año próximo, saldrá notablemente mejorada. Esto demuestra que el público corresponde á la importancia de *La Revista Blanca*.

Un mayordomo que vale por ciento.—

Se llama *Peiró* y está al frente de seis ó siete telares instalados en la fábrica del Sr. Masagué, (*Roig*.)

Según nos comunican, el tal *Peiró* es un sujeto que se las trae, sobre todo en lo que toca á educación; en cuanto se le sube la mosca á la nariz, que se le sube muy á menudo, no hay manera de tratar con él, pues de animal y asno le deja á uno que no hay por donde cogerle.

El viernes de la semana anterior uno de sus tejedores, que por experiencia propia sabía como las gasta el *Peiró*, le dió el despido, dándole de tiempo para procurarse otro operario, el viernes y sábado inclusive. El *Peiró* le dijo que podía marcharse enseguida. No se hizo de rogar el tejedor; paró el telar y pidió lo que llevaba ganado. Contestóle el *Peiró* que en aquel momento no llevaba dinero, pero que podía volver por él á cualquier hora del día siguiente.

Personose nuestro compañero al día siguiente en el local que ocupan los telares del *Peiró*, quien se negó rotundamente á pagarle lo que le adeudaba, pretextando que había llegado á sus oídos la noticia de que quería pegarle, añadiendo que no le abonaría un céntimo sin antes haber medido con él sus puños.

Tampoco en esto tuvo que insistir mucho el *Peiró*, pues el tejedor le invitó de buenas á primeras á que saliera del local. Entonces *Peiró*, el valiente *Peiró*, se arrancó de una navaja de regulares dimensiones y amenazó con élla al compañero, quien, en lugar de acobardarse arremetió contra él á puñetazo limpio, propinándole una más que regular paliza; y fortuna fué para él, que mediáran en la cuestión los demás trabajadores.

Veremos, veremos si aprovecha la lección y si en adelante aprende de tratar algo mejor á sus subordinados.

Estado de cuentas.— Dentro de algunos

días estará expuesto en la «Obrera Sabadellense» el estado demostrativo de cuentas de la huelga de la fábrica Seydoux, que contendrá las entradas y salidas de fondos desde el día que se inició el paro hasta primero de Diciembre.

Los gastos ó salidas ascienden á unas 14.000 pesetas.

Dicha suma, como saben nuestros lectores, ha sido producto exclusivo de las cuotas obligatorias que han venido satisfaciendo con toda puntualidad los individuos federados.

Represalias.—Quedamos en que la *huelga* pasada no fué tal huelga y si solo una manifestación de protesta, en la cual no se inmiscuyó para nada á los patronos; pero, por lo visto, algunos patronos y mayordomos no lo han entendido así, por cuyo motivo procuran, algunos de ellos, vengarse de la *mejor* forma posible. ¡Y qué venganzas las suyas!

Los hay que hasta han privado la repartición de EL TRABAJO en sus establecimientos.

Lo cual nos tendría bien sin cuidado, ya que no por su necia prohibición han de dejar de leer EL TRABAJO sus operarios; pero es el caso que nosotros tenemos también nuestra *miajita* de vengativos, y, nada, que nos dán así como ganas de contestar á sus represalias con otras que no han de dejarles del todo satisfechos.

Conque, ojo y no errar el plé.

Hambre y frío

No hace muchos días la prensa burguesa publicaba un telégrama redactado en estos ó parecidos términos: «En uno de los barrios más ricos y aristocráticos de Madrid se ha encontrado el cadáver de un hombre: había muerto de frío y de hambre.» Y nada más; ni una queja, ni una censura, ni un comentario.

Bien mirado, tienen razón que les sobra los periódicos burgueses al no dar importancia á esas cosas. Una de dos; ó tirar la pluma, ó seguir la corriente; y la corriente ó lo corriente es preocuparse de la herida de un torero, de la caída de un ciclista, de las boleas del pelotari de moda ó de las faldas que lucía la señorita... de su madre en el baile de la sobrina de su tía. ¡Oh! todo esto es muy interesante, muy humano, muy instructivo, muy curioso.... y, sobre todo, muy elegante y muy *chic*. Estos y otros entremeses, alternados con algún que otro plato fuerte como son *el crimen de ayer, el robo del día, palos, tiros y puñaladas* y otras manifestaciones de la civilización moderna, que siempre tienen reser-

vado lugar preferente en las columnas de periódicos y revistas, son lo que podríamos llamar el plato del día, el manjar predilecto de esa parte del público que, á falta de cerebro, piensa, siente y raciocina con el vientre.

¿Qué interés tendrían para esa gente algunas consideraciones más ó menos atinadas sobre la muerte de un pobre diablo que, por no tener nada que interese, ni siquiera tiene un mal jergon donde echar sus huesos aniquilados, transidos de hambre y de frío?

O no les conocemos, ó tales consideraciones les sabrían á repugnante bazofia. ¡Son tan delicados!

Por fortuna, ni nosotros ni nuestros lectores nos encontramos en semejante caso, vamos al decir, y podemos, por consiguiente, hablar de estos y otros excrementos de la actual sociedad sin temor á una indigestión.

Que puedan morir de hambre los hombres en pleno Sahara ó de frío en el Polo Norte se comprende, se explica por la carencia total de alimentos con que nutrirse ó por la falta de viviendas donde resguardarse de los rigores del clima; pero que esto suceda en toda una capital de España y en uno de los barrios más ricos y aristocráticos por añadidura, donde de seguro, abundan los almacenes repletos de comestibles y los comercios rebosando de pieles y abrigos de todas clases, la verdad, es cosa para irritar á todo mortal que tenga una pequeña noción, por no decir sentimiento, de amor y de humanidad.

Sería curioso saber cuántos fueron los moradores del aristocrático barrio que, á través de los cristales del lujoso coche, distinguieron acurrucado en el quicio de una puerta al pobre anciano, y cuántos los que se vieron sorprendidos por la idea de compartir con él el interior del carruaje, para librarle así de una muerte segura; ¡Ah si uno de estos hubiera habido! no habría sido en medio de la calle donde se habría recogido el cadáver de un hombre, muerto de hambre y de frío!

Y pensar que quizás muchos de aquellos aristócratas, en tanto el pobre, faltado de algunos reales para procurarse albergue, se retorcia víctima de horribles sufrimientos, pensar, decimos, que aquellos aristócratas tiraban algunos miles de pesetas á los pies de impúdica ramera ó al azar de la ruleta; pensar, sí, pensar que mientras aquel infeliz sucumbía torturado por el hambre, había muchos, muchísimos, que se sentaban alrededor de bien servidas mesas, hartándose de vinos y alimentos hasta emborracharse, hasta caer en repugnante estado de idiotéz. Hay para morir de asco.

Asco, sí, asco causa una organización social basada sobre una monstruosa desigualdad de clases, sostenida contra toda ley lógica ó racional

por los poseedores de la fuerza bruta y apoyada por los que han tenido la suerte de *hacer* dinero, receta infalible para librarse de hambres, fríos y otras calamidades que asolan á las clases pobres y desaheradas.

Merced á esa organización pesan sobre nosotros las más abominables injusticias, predomina la arbitrariedad, dominan los malvados, nadan en la abundancia los que nada producen, los que solo de esquilmar al pobre se preocupan, perecen de hambre y de frío los que cultivan los campos, los que elaboran el pán, los que extraen el carbón de las entrañas de la tierra, los que producen telas y paños, los que, en suma, con sus sudores ponen en estado de producción las infinitas materias de la Naturaleza; merced á esa organización, resabio de pasadas civilizaciones y obstáculo á futuras conquistas más en concordancia con los progresos de nuestros tiempos, vivimos en el más miserable de los estados, sufriendo el yugo de los que hemos enriquecido, mendigando el favor de los que cuanto son y cuanto representan á nosotros lo deben en gran parte, sufriendo, cuando nadie como nosotros tiene derecho al bienestar y á ser feliz. ¡Y aún queda quien califique de locos, de soñadores, á los que confían en una completa regeneración!

¡Soñadores! Sí, los hay, pero, ¡vive Dios!, no son los que aspiran á una sociedad perfecta, ni los que combaten un régimen, un estado de cosas inaguantable, sino los que, á grupos de su machito, vén en cada humilde un feliz bienaventurado, en cada hogar pobre un idilio ó poco menos, y en cada una de nuestras vidas una continua alternativa de goces y sufrimientos... que embelecen la existencia, librándola de la monotonía, del fastidio que produce una vida sin luchas, sin accidentes, sin objetivos, sin necesidades que satisfacer.....

Estos, estos sí que son soñadores; que soñadores, imbéciles, imbéciles que vienen, viven y abandonan este mundo sin haber visto más allá de sus narices, sobreponiendo siempre á la realidad de las cosas la nécia satisfacción de decir cuatro sandeces de enternecido sentimentalismo sobre la vida *patriarcal* de los humildes, ó sobre las *delicias* del hogar pobre exento de envidias y ambiciones.

Huelga decir que los panegiristas de esas *delicias patriarcales* huyen de la pobreza como de un apestado, dejándonos, ¡generosos!, en plena posesión de nuestra *dicha* y de los medios, según ellos, conducentes á la misma. ¡Qué abnegación!

Nos quejamos sin razón. El hambre y el frío detalles son de la felicidad que no sabemos apreciar, augurio de goces que no conocen ni pueden conocer los que no pasan por tales apuros. Esta es la vida, la verdadera vida, la vida del que trabaja y goza del fruto de su trabajo.

Lo demás, que se encuentre en medio del arroyo á un hombre muerto de hambre y de frío, no debe preocuparnos; de seguro el tal cadáver debía ser el de un mendigo, de un golfo, de un borracho quizás.

A los que viven del trabajo no les suceden tales cosas; ó cuando menos no se entera de ello la gente, ni lo pregonan los órganos de la burguesía; lo cual no deja de ser una satisfacción.

Los que trabajando pueden permitirse el lujo de pagar un modesto alquiler, podrán morir de hambre y de frío como el golfo ó el mendigo que carecen de albergue, pero no será en medio de la calle, sino allí, en el fondo de nauseabundo chiribitil, á cubierto de miradas indiscretas, revolcándose sobre un jergón más ó menos duro, rodeado de su familia, de sus padres, de su esposa, de sus hijos, que le ayudan á bien morir pronunciando tremendas maldiciones contra la sociedad, contra el mónstruo que les separa para siempre del ser amado.

¡Enorme cifra la que alcanzarían los muertos de hambre y de frío si todos fueran á dar las últimas bocanadas sobre el duro empedrado del arroyo!

¡Y qué vergüenza para esa gente, borracha de placeres, que entretiene sus ocios disipando el dinero á manos llenas, hartándose hasta revantar, embruteciéndose á fuerza de orgías y festines!

JUSTO CLARO.

Para SABADELL MODERNO

Oye, chiquillo sin vergüenza: No tengo el pobre gusto de contarme entre tus pocos lectores; más no por esto dejo de enterarme de tus necesidades.

Por otros he sabido que te has ocupado repetidas veces de mi humilde persona, ora publicando *escritos* originales, ora copiando hojas muy *originales* también; por otros he sabido que tus columnas están siempre á la disposición del que mejor te lo pague y que lo mismo te tiene llenarlas con *manifestos* obreros que con *remitidos* burgueses. De ahí he sacado la consecuencia de que en tu *independiente* redacción deben abundar más los *ingleses* que los *escribientes*. No de otra manera se explican tu *cabriolera* conducta y tus pocos escrúpulos en aceptar y dar cabida á *gacetas* que, más que *gacetas*, son miserables insinuaciones, canallarescas y veladas denuncias, propias del perdulario que vende su *pluma*, su *conciencia* y su *dignidad* al primero que ofrezca precio.

Hasta ahora te habías limitado, tú sabrás por qué razones, á presentarme como un modelo de saltimbanquis; hoy, persuadido de que tu nécia propaganda se pierde en el vacío, tratas de presentarme ó me has presentado ya como promovedor.

Ayer te dirigías á los obreros, que creyeron del caso no escucharte, hoy te diriges á otros que quizá te escuchen.

No sé lo que te propones; pero sea lo que fuere, cuenta siempre con el desprecio de

LA CALAMIDAD P.

Imprenta de P. TUGAS, Calderón, 36.—SABADELL

R. Cat. 18
Vana XX